
Una Porquería

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7909

Título: Una Porquería
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 31 de diciembre de 2022
Fecha de modificación: 31 de diciembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Una Porquería

Amigos, pero entrañablemente amigos, eran Lindolfo y Caraciolo; amigos de aquellos entre quienes carecen de valor las palabras tuyo y mío.

Si Lindolfo no encontraba su cinchón al ensillar, tomaba el de Caraciolo; si Caraciolo, en un apuro, hallaba más a mano el freno de Lindolfo, con él enfrenaba. Por eso andaban casi siempre con las «garras» misturadas.

Común de ambos eran los escasos bienes que poseían, siendo, como eran, humildes peones de estancia, y además, mocetones despreocupados y divertidos. Pero común de ambos era también el opulento caudal de sus corazones.

A pesar de esto llegaron a ser rivales. El caso ocurrió del modo siguiente:

Con motivo de una hierra frutuosa el patrón regaló un potrillo a cada uno de los peones. Lindolfo eligió un pangaré; Caraciolo eligió un overo. Un año después ellos mismos domaron sus pingos, y para probarlos decidieron una carrera por un cordero «ensillado», es decir, el almuerzo: un cordero al asador, el pan, el vino y lo demás.

Corrieron y ganó el overo.

Lindolfo no se dió por satisfecho y concertaron otra prueba, tiro igual, plazo de un mes.

Volvió a perder el pangaré, pero tampoco quedó convencido su dueño.

—Me has ganao por la largada.

—¡Qué quiere, hermano! Cuando se corre un caballo hay que cerrar la boca y abrir los ojos. Aunque te advierto que no me vas a ganar ni haciendo vaca con el diablo.

—¿Querés jugarla pal otro domingo?

—¿Las mismas trecientas varas?

—Dejuro.

—Ta güeno.

Y al domingo siguiente corrieron con igual suerte. Esta vez Lindolfo quedó amoscado. No pudo, como antes, soportar impasible las burlas de su amigo. Este comprendió «que estaba demasiado caliente el horno y que había peligro de que se arrebataste el amasijo», y calló.

Si esa tardecita, cuando regresaban de la pulpería, Caraciolo hubiese rodado, quebrándose una pierna, Lindolfo quizás se hubiera alegrado; pero al día siguiente ya no conservaba ningún rencor, expulsado el despecho por el afecto fraternal que los unía.

A pesar de eso, Lindolfo no se resignaba a reconocer la inferioridad de su caballo, encontrando para cada derrota una causa justificativa y empecinándose cada vez, más en obtener el desquite.

—Si es al ñudo, hermano; —decíale Caraciolo;— su pangaré es mestizo con burro.

—Lo veremos el domingo.

Aquel duelo divertía al pago entero. Domingo a domingo repetíase la prueba. Varias veces Caraciolo, condolido de la terquedad de su amigo, fue dispuesto a dejarse ganar; pero luego en las excitaciones de las «partidas», la pasión lo dominaba y de nuevo era suyo el triunfo.

Un día, viendo que las cosas iban tomando mal cariz, Caraciolo dijo:

—Bueno, hermano; esto ya es zoncera; no le corro más.

Lindolfo no podía conformarse. Alegó, protestó, rogó.

—La última pal domingo, y nada más.

—¿La última?

—Sí.

Quedó convenido. Lindolfo tuvo durante esa semana todos los cuidados imaginables, viviendo solamente para su caballo, que el día de la carrera se presentó en un estado admirable.

Cuando le quitó la manta, el paisanaje conocedor se manifestó admirado, y esa admiración llenó de alegría el alma de Lindolfo. Sin embargo, desde la primera partida empezaron las ofertas con usura, causándole verdadero dolor.

—¡Cinco a dos!

—¡Diez a tres!

—¡Tres a uno!

—¡Doy doble y luz al overo!...

Largaron. En balde Lindolfo despedazó su caballo a espuela y chicote: perdió. Al desmontar estaba densamente pálido.

Anduvo un rato dando vueltas, sin saber lo que hacía, y concluyó por acercarse a Caraciolo. Un numeroso grupo rodeaba y elogiaba al overo.

—Lo qu'es aura no corremos más! —dijo Caraciolo, poniendo cariñosamente la mano sobre el hombro de su amigo.

—No, no corremo más, —respondió este con voz amarga y

ronca. En seguida, como presa de un vértigo, sacó la daga y la hundió en el codillo del overo.

Caraciolo, asombrado, dió un paso atrás, mientras su caballo se desplomaba, pataleando.

—¿Qué has hecho?... —dijo.

Y, furioso, desnudó el cuchillo, se avalanzó sobre su amigo y antes de que nadie pudiera intervenir, Lindolfo caía con el cuerpo acribillado a puñaladas.

Preso, Caraciolo, mostróse resignado y tranquilo, confiando en la absolución.

—¡Quién había 'e creer que Lindolfo juese capaz de hacerme una porquería!... Porque ipucha! es porquería grande matarme el caballo, queriéndonos como nos queríamos!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.